

ALFONSO CALDERÓN
La vida literaria del "Señor profeta" de los Estados Unidos, se ordena entre el puritanismo y la tradición de los relatos orales de Antebellum West; de Mark Twain y de George Washington Cable; el "inventor" del Tin Remit, pasando por las historias que se produjeron en torno a los acontecimientos de la Guerra de Secesión, para llegar al despliegue de las narraciones de los "blancos pobres" y de los "negros pobres", con relatos picarescos y epopéyas de la huida, la sequía, la explotación, el primitivismo religioso, la malicia en los negocios, el facismo del KKK y la búsqueda del oro, del agua o de un poco de comida, reunidos admirablemente en los libros de Erskine Caldwell, diversidad que hoy enriquece un narrador como Peter Taylor (1917), a quien se le han concedido, en los últimos cinco años, tres premios: el PEN/Faulkner, el Hemingway y el Pulitzer, debido a una novela de excepción: *Memphis* (Ediciones B.S.A., Barcelona, 1987, 221 páginas), es fruto de la pasión de seguir a pie de la letra aquello que decía Jack Dinesen, acerca de escribir un poco a diario, a cubierto por igual de la esperanza y de la desesperación.

Hay quienes suponen que la novela y el cuento de Estados Unidos terminaron con las muertes de Faulkner y de

Hemingway, y algunos, con el fin de la cronología del mundo de los cincuenta. Los que desean comprobar que es todo lo contrario deben leer a Taylor y examinar el número especial (70-71) de la excelente revista española *Quimera*, la cual, en 122 páginas, dice a muy en claro nuestras limitaciones que nos dejan fuera de la actualidad, algo que ha sucedido solo en los últimos quince años de Chile, y mucho antes.

El libro, con un narrador que tiene algo del distanciamiento empírico inherente a la exposición de *El gran Gatsby*, aunque no su voluntad de estilización de la realidad en procura de una sustentación mítica, posee un temple de ánimo y un tono expositivo en los que todo se refina, evitando la pretensión de un mundo puramente ciego. Quien cuenta, ya en la edad adulta, es un editor de libros de Nueva York, el cual debido a un fracaso económico del padre en los años de la Depresión, tiene que trasladarse con su madre y hermanas desde Nashville a Memphis. Según ellos, si se hubieran quedado en Nashville aún el río Mississippi, mediante los revolvinos, "alegraría los oídos". Sin

Peter Taylor:

Crónica de un fracaso



embargo, la clave absoluta, especie de complejo de Lot, se condensa en un párrafo: "A veces pienso que una racha de tios en la familia habría sido mejor que marcharnos a Memphis".

Porque Memphis se les va a meter en el alma y va a transformar la historia previsible: "No somos otra cosa que simple Memphis, puro Memphis en el pleno sentido de la palabra", van repitiendo los miembros de la familia, en tanto envejecen, pierden las esperanzas, naufragan los amores, y la madre se entrega a la postración, y el padre, entre

juicio y juicio, forja una reputación local como abogado. Al contar la historia, el narrador evoca su adolescencia y trata de que ella reaparezca no como fruto de la idealización nostálgica ni al modo del idioma de un contable.

En lugar de tener posesión del mundo, con la ira de un envejecido *beatnik*, echándose a vagabundear por los caminos, oliscando la ruta del Martini seco, de la marihuana o del budismo zen; o aceptando ir a frasar la piel de los hipopótamos a un río de África o de machacar a México en busca del sol, o del niño de la droga, se las arregla para saber y contar, poniendo distancia entre él y su familia, para descubrir lo que los antiguos solían llamar noblemente "un sentido de la vida", una forma explícita de dejar de ser el parche del tambor en donde las plumas golpean en el *ragtime* diario. Rueda a la planta baja de la existencia, elige encontrar la explicación de cuanto ha sido.

No se trata de una exposición de nacionalismo minimalista ni de un modo de retar a diablo a los lenguajes opresores; sino de una presa crecientemente ocupada en pesar sin pesancia, evicando el artificio y encamando en el

distanciamiento íntimo una narración gozosa y abierta. Nada de un mundo nihilista en la búsqueda de sus apóstoles, sino provista de una voluntad firme de comedimiento para dar cuenta del fracaso. Todo va paso a paso, como si se tratase de una atención en vez de un desentono espiritual (las hermanas envejecen una Liza indignamente, sin escaparse por ellos o por los demás, el padre crece y se demanda; la madre ha muerto en el convencimiento de que e vive; ha sido una catástrofe muy mala).

Aquí viene la exhibición del talento narrativo de Peter Taylor. La línea infanta travada a perpetuidad por causa de los yerros como ruidos suficientes y por el flujo casual, archibio de la memoria, va aceptando que se la dinamite sin pasas. Cuando el hijo llega desde Nueva York, con el fin de "jugar" a su padre por el pasado, sin haberse deshecho de los agravios que cree no haber merecido, y las hermanas se hallan "congeladas" en el papel de "jóvenes injuriadas", en un tiempo que parece detenido, ahí comienza la "maravillosa epifanía" del narrador, quien sabe ahora cómo resumir en el tiempo, provocando el movimiento pendular del mito que ahora va a coger en la herencia yacente. El redescubrimiento del yo, le permite recomponer la novela en una recomposición admirable, imposible de olvidar. 11

La casa, mayo, 1987, 10 - 11 - 11, 1 - 6

7654

Crónica de un fracaso [artículo] Alfonso Calderón.

Libros y documentos

AUTORÍA

Calderón, Alfonso, 1930-2009

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónica de un fracaso [artículo] Alfonso Calderón. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile